

ESCRIBIR... ¿PARA QUÉ?

Abelardo Gómez Molina

“Esta noche hacéis muy bien arrojando al fuego estas obscenidades del pasado. Se trata de una enorme manifestación de poder, llena de simbolismo, por la que el mundo entero sabrá que el viejo espíritu ha muerto. De estas cenizas se alzará el fénix del nuevo espíritu”¹

Joseph Goebbels

SÍNTESIS

Escribir se convierte, antes los ojos de muchos, en un acto innecesario. Una acción reflejo de antiguas costumbres, vistas como algo prosaico ante la posibilidad de acceder a novísimas tecnologías que pregonan lo audiovisual como principio fundamental para la comunicación interpersonal. Se plantean aquí los contratiempos de su enseñanza en jóvenes universitarios y se proponen algunas opciones que faciliten su aprendizaje.

Descriptor: Escritura; Enseñanza; Habilidad escritural.

ABSTRACT

To write is converted, before the eyes of many people, into an unnecessary act. An action reflect of former customs, seen like something prosaically before the possibility of acceding to the newest technologies that proclaim the audio-visual thing as fundamental principle for the interpersonal communication. There appear here the misadventures of its education in university young men and there propose some options that facilitate its learning.

Descriptor: Notarizes; Education; Skill escritural.

Con esta proposición desacralizante, retadora, llena de ímpetu, nos interrogan muchos y nos interrogamos, algunos, a cada instante. **¿Para qué escribir si hoy las tecnologías audiovisuales pueden suplir este ejercicio tan difícil de dominar?** Esa es la pregunta que muchos exponen.

El iniciático culto de los aficionados a escribir se siente agredido cuando voces, cada vez más numerosas, plantean dubitaciones como ésta. Las mismas que hace unos años nos incitaban a la hilaridad, el

desprecio o, en el mejor de los casos, a la indiferencia.

Autores famosos, tantos miles como la memoria prodigiosa puede contener, saldrían, muy posiblemente, a denostar tan afrentosas afirmaciones.

Otros, a diferencia de ellos, zozobramos ante tan trepidante reto. Y no es por falta de apego al oficio de garrapear líneas, como las de este escrito. Sobra querencia por algo tan amoroso y amado. El cariz surge de las inquietantes actitudes de las nuevas ge-

¹ Frase empleada por Goebbels, ministro de Propaganda de Adolfo Hitler, el 10 de mayo de 1933, mientras se quemaban más de veinte mil libros ante una multitud estimada en 100 mil personas. Citado por **Alberto Manguel** en “Una historia de la lectura”. Grupo Editorial Norma. 1999. Pág. 366.



neraciones, cada día más vociferantes y reacias frente a las primitivas técnicas, tan antiguas como el hombre (véanse sino las cuevas prehistóricas).

Algunos, como Roland Barthes, se inclinan por la oralidad, afirmando que “la narrativa tiene un carácter dominante, casi tautológico”². Aunque ello ha sido puesto en tela de juicio por

otros autores, no deja de ser un llamado de atención para los defensores de lo escritural.

Existen otros pensadores que critican la escritura por diversos elementos consustanciales a ella. Entre estos se encuentra el antropólogo Henri Lévi-Strauss quien, de manera resumida, argumenta lo siguiente:

“Durante miles de años y aún hoy, la escritura ha sido el privilegio de una élite poderosa. Las considerables transformaciones provocadas en la existencia humana por el uso de la escritura, con su capacidad para la infinita extensión y ampliación de la memoria humana, no debe cegarnos ante el hecho de que uno de los periodos crucialmente productivos de la prehistoria humana, sobre el cual descansan todos los logros subsecuentes de la civilización -el neolítico-, se dio en ausencia de cualquier sistema conocido de escritura. El periodo transcurrido entre la invención de la escritura y la expansión de la ciencia moderna durante el siglo XIX, fue un periodo de relativo estancamiento en el que la cantidad de conocimiento fluctuó en vez de incrementarse. El único correlato histórico constante de la aparición de la escritura es la formación de las ciudades e imperios con un alto grado de diferenciación de castas y clases. La función primordial de la comunicación escrita es, por lo tanto, la de esclavizar y subordinar. La propagación del aprendizaje de la lectura y la escritura en los países occidentales estuvo acompañada por la extensión del control estatal”³.

Lo expuesto por Lévi-Strauss pretende desnudar la aparente ecuación entre poder/escritura, una fórmula que, ante sus ojos, en cada siglo de la historia gana mayor afianzamiento. Sus apreciaciones nacieron de su experiencia con la tribu nambiquara, en las selvas del Brasil, en los años

30 del siglo XX. Comenta que el jefe de la tribu, sólo él, copió las técnicas formales de la escritura (rayado, linealidad y posterior lectura en voz alta) mientras las veía aplicar por parte del antropólogo francés. El jefe nambiquara imitó la práctica escritural y a través de ella quiso



2 BARTHES, Roland. “Introducción al análisis estructural de los relatos”. Citado por **María Eugenia Contursi y Fabiola Ferro** en “La narración: usos y teorías”. Ed. Norma. 2000. Pág. 14.
3 LEVI-STRAUSS, Henri. “Tristes tropiques”. Citado por **Christopher Johnson** en “Derrida”. Ed. Norma. 1998. Pág. 14

reforzar su posición de dominio frente a sus congéneres, hecho que a la larga devino en su abandono por parte del restante grupo indígena.

Lo ideológico sumado a la escritura es otro de los matices que revela el autor, pero quedan flotando diversas dudas, porque las sociedades son frutos de un proceso complejo de transformaciones e interacciones, no supeditadas de manera exclusiva al uso o abandono de la práctica escrita.

Esta complejidad incluye avances tecnológicos, fortalecimiento de roles institucionales, avances en lo eco-

nómico, nuevas ópticas en la relación ciudadano/Estado (o súbdito/Rey) y otros tantos que se nos escapan.

Atribuir por tanto un papel tan preminente a la función de control nacido a raíz del escrito resulta un tanto aventurado y susceptible de ser controvertido. Ese disentimiento se hizo evidente en “*De la gramatología*”, de Jacques Derrida. Allí el filósofo francés demuele una a una las proposiciones de Lévi-Strauss. Dice por ejemplo:

*“...Pero la escena no fue la escena del origen, sino sólo de la imitación de la escritura. Aunque se tratara de la escritura, lo que posee aquí el carácter de lo repentino no es el paso a la escritura, la invención de la escritura, sino la importación de una escritura ya construida. Es un préstamo y un préstamo artificial...”*⁴

Al tenor de Derrida aquí no hubo un ejercicio de escritura, como la entendemos en el mundo actual, más bien fue una tarea de copiado de posturas superficiales, no de su estructura intrínseca. Esta interpretación nos revela dos planos diferenciales: el escritor que cumple una función y aquél que cumple con una actividad, opciones que pueden identificarse claramente en el ensa-

yo “*Ecrivains et écrivants*” del ya citado Barthes. Es el paso entre el verbo intransitivo y el verbo cargado de objetivos: ideológicos, pedagógicos o de cualquiera otra funcionalidad. Esta, en últimas, es la palabra clave: escribir de manera afuncional o escribir con una funcionalidad preterintencional.

En relación con la sugerida revolución ‘neolítica’ afirma Derrida:

*“Esta propuesta no tiene sentido sino bajo dos condiciones: que no se tenga en cuenta alguna de la idea del proyecto de la ciencia, es decir, la idea de la verdad como transmisibilidad por derecho infinita; ésta no es en efecto una posibilidad histórica sino en la escritura...”*⁵

4 DERRIDA, Jacques. “De la gramatología”. Citado por Christopher Johnson en “Derrida”. Ed. Norma. 1998. Págs. 21-27.
5 Ibid. Pág. 23



No descarta de plano la importancia de los descubrimientos y aportes del neolítico, pero subraya que sólo la escritura nos permite conocer esos avances que, de otra manera, quedarían en el limbo de la memoria de los pueblos, estableciéndose así una pérdida irreparable de saber y conocimiento que, *per se*, no tienen ninguna objeción, pero que son susceptibles de ser desdeñados por el manejo inescrupuloso que un individuo o

un colectivo puedan asignarle.

Así continúa Derrida con cada una de las proposiciones en las que, de manera gráfica, deja en ‘cueros’ el logocentrismo -así etiquetado por el filósofo- intrínseco en cada una de las aseveraciones de Lévi-Strauss. Cada afirmación es firmemente demolida en una especie de desintegración total de la argumentación -más parecida a la atomización-

La obsolescencia de escribir

“Las expresiones ‘es pura literatura’ o ‘lo demás es literatura’, muestran hasta qué punto de complacencia ha caído con frecuencia el arte de escribir”⁶

Ante los ojos de las jóvenes generaciones toma fuerza la idea, cada día más aceptada, de que escribir bien es difícil, arcaico y, de cierta manera, inoficioso. Esta postura -por fortuna no generalizada- se hace evidente en los cursos de redacción, en los que, a pesar de la libertad para tratar temas diversos, con estilos propios, y la sola limitante del géne-

ro, sale a flote la inconformidad en forma de actitudes renuentes o de absoluto desgano.

La anterior posición está apoyada en lo experiencial y, de cierto modo, en lo recomendado por autores como Ciro Páez, quien en su texto *“Leer y escribir”* sugiere lo siguiente:

“Un maestro de escritura debe desempeñar para sus estudiantes el rol de la necesidad. Enfrentándolos a limitaciones arbitrarias, reduciendo para ellos el campo de lo posible, no los anula, antes bien, crea las posibilidades para que sus fuerzas se concentren y obren en las mejores condiciones posibles.”⁷



6 MAURIAC, Claude. “La aliteratura contemporánea”. Ediciones Guadarrama. 1972. Pág. 15.

7 PAEZ A., Ciro Alonso. “Leer y escribir: entre el método y el arte”. Universidad Autónoma de Colombia. 2001. Pág. 131.

Cabe aquí aclarar que la aparente contradicción que surge en la dinámica limitación-ilimitación se explica en la amplitud de opciones que se dan al momento de ejercitar la escritura. No es la enseñanza de un libreto, mejor se podría definir como la construcción conjunta de una bitácora de aprendizaje, a partir de unos mínimos acordados, pero que deja un buen porcentaje al azar, definido éste por las necesidades del momento.

La tarea de ‘enganchar’ a los alumnos se convierte así en una de las prioridades del docente, quien recurre a todo su potencial imaginativo para llamar la atención hacia tan temida área.

Escribir es una tarea que se busca sea gratificante, como de hecho lo puede ser luego de dominar algunos principios básicos. En ese orden de ideas, entra a consideración un aspecto muy importante: lo lúdico, lo ameno. Satisfacer este nivel requiere de un trabajo extra, intenso y de mucho tacto.

“El sentido de la evaluación es potenciar al estudiante y mejorar su autoestima. El de la calificación suele ser potenciar al profesor y destruir la autoestima del estudiante. Se trata, pues, de evaluar.”⁸

Esto, que sobre el papel es de anuencia total, en la práctica se convierte en otro dolor de cabeza. Uno más que se suma al ya arduo de ‘sedu-

Llegado a este plano, el conjunto alumnos/profesor se plantea nuevos retos, prioridades. Significa, en principio, la ruptura de esquemas verticales. Es vital la horizontalidad dirigida al aprender juntos. Algunas veces las cosas se dan, otras la insatisfacción es notoria. Capear estas situaciones y no naufragar en el proceso se convierte, en forma adicional, en otra tarea.

Escribir, leer, corregir, escribir, leer, corregir... así hasta el infinito, son dinámicas que propugnan un trabajo mancomunado donde prime la evaluación sobre la calificación.

Después de todo este proceso llegamos a un punto álgido: la calificación de lo escrito/corregido/reescrito. Si en la evaluación las cosas iban más o menos bien, en este punto empieza un tira y afloje conceptual entre educando y profesor.

A esta altura viene a la mente el siguiente concepto:

cir’, más que convencer al estudiante sobre la necesidad de escribir como hábito fundamental de un futuro ejercicio profesional.



8 Ibid. Pág. 133.

Algunos aprendices, por procesos individuales que podrían ser objeto de un estudio más cuidadoso, escriben con cierta soltura y con agrado. Pero la mayoría, que ve en la escritura una suerte de fantasma que se intenta dejar abandonado en el armario, mira con respeto a aquellos que hacen gala de habilidades a la hora de enfrentarse a una hoja en blanco.

De lo observado queda claro, según la experiencia hasta ahora obtenida, que quienes son más habilidosos para plasmar sus ideas en un texto escrito adquieren un rango superior, casi se podría decir de liderazgo.

En la práctica lo escritural se concreta en visiones dicotómicas de *anacronismo / admiración*, incitadoras de reflexión por parte del docente y que llaman poderosamente la atención.

¿Placer o dolor?

Escribir, como proceso o como producto final, adquiere nuevos

carices. La polémica, dada por muchos autores, se ha planteado en la dubitación entre el placer o el dolor que implica escribir.

Sin ir más lejos, el dramaturgo Eugène Ionesco afirmaba que en sus tiempos iniciales escribía con felicidad y en la felicidad, luego esa sensación inicial se tradujo en algo que le *“llena sencillamente de horror”*.

Para otros, ejercer el oficio de *m a r c a r* impolutas páginas con trazos se convierte en la quintaesencia de su existir, razón de ser de su mundo y del mundo según sus convicciones individuales.

Anónimos que, como aquel personaje de Ernest Hemingway en **“Las nieves del Kilimanjaro”**, ante la realidad de estar muriéndose se lamenta pues *“Sabía por lo menos veinte buenas historias del mundo exterior y nunca había escrito ninguna. ¿Por qué?”*, nos llevan a reflexionar sobre todas esas historias *-nuestras* historias- que están allí, en el fondo de nuestro cerebro y de nuestro corazón, las cuales nosotros jamás nos hemos permitido traducir en un texto *-símbolo* de lo im-



perecedero plasmado en un vehículo efímero-.

Felicidad, tortura, catarsis, goce, parto, re-creación, a modo de adjetivaciones, son palabras que se han empleado con inusual frecuencia a la hora de precisar lo que significa el acto de escribir para muchos promotores de tan antiguo oficio.

Cada una de esas expresiones, en su momento, tuvieron una prevalencia, un sentido de la veracidad, lo que nos puede hacer pensar sobre lo indefinible de la acción de escribir. Esta especie de relativismo, chocante para algunos, en mi parecer hace más llamativo el acto iniciático. A partir de esta acción consciente se materializa la apropiación del mundo intangible, es discurrir entre lo real-fantástico con sólo plasmar unos símbolos en un objeto material e, incluso, inmaterial, como lo permiten las actuales tecnologías virtuales.

Dolor o exaltación, sentimientos ambivalentes, nos aproximan al amplio espectro de lo indefinible, en el nebuloso mundo no territorial de escribir.

La internet y el redescubierto fervor por la escritura

En un curso de redacción parte del tiempo se dedica a la discusión so-

bre la necesidad de dominar esta técnica, primitiva para los alumnos, pero a la vez tentadora de aprender.

Con el avance de la internet nace una renovada esperanza para el arte/oficio de escribir. Como otras tantas veces, la paradoja hace presencia y la tecnología se convierte en una herramienta aliada de técnicas primitivas. Tecnología y técnica se aunan para promover algo considerado desueto. Haga Usted, porfiado lector que ha llegado hasta aquí, el ejercicio de entrar a una página de conversación - 'salones de *chat*', en la jerga globalizante empleada por este medio-. Allí, más que conversar, en el sentido literal que se le suele atribuir, el visitante apela a lo escritural para vincularse al grupo.

En ese momento, la manera de escribir y los usos que se le dan a este acto se convierten en la 'prueba reina' de la calidad de la contraparte que se tiene. Fluidez, cohesión, habilidad e, incluso, manejo gramatical, son valiosos elementos de análisis para un lector avisado.

Aunque es innegable que el video y la voz hacen parte consustancial de esta herramienta y medio que es la internet, escribir es de las opciones más usadas por su simplicidad, pues no requiere de elementos tecnológicos adicionales al simple teclado y



al monitor. ‘Garrapatear’ palabras en la pantalla, cuando usamos internet, es de las acciones más comunes e intrascendentes -en apariencia- que podemos realizar, pero a la larga es la definitoria de multitud de valoraciones en nuestro receptor(a).

La urgencia de escribir con un mínimo de claridad y atractivo se convierte en una naciente necesidad para el cada día más numeroso público ‘cibernauta’, a su vez integrado por una buena proporción de adolescentes y jóvenes ‘gomosos’ de las nuevas tecnologías.

Surge la disyuntiva de aprender a manejar con cierta soltura la técnica de la escritura -algo, como ya dijimos, considerado anacrónico- o exponerse a la crítica cruda de otros pares que sí manejan tal conocimiento. Lo escrito, así visto, se convierte, hoy más que nunca, en elemento vital para evaluar los conceptos planteados por los corresponsales virtuales, sin importar el círculo al que perte-

nezcan: íntimo, profesional, lúdico o de simple complemento de soledades. De manera literal, la escritura atrapa en la ‘red’ a aquellos que no la dominan. Además de lo antes expuesto surgen productos como el libro electrónico, de futuro incierto, pero que se plantea como una propuesta más para el mercado de lectores de siglos venideros.

Enseñar no basta

El proceso de escribir, planteado como un taller vivencial, requiere, como ya se dijo, de técnicas cuasi-ambivalentes, elásticas y poco apegadas a la tradición.

Ese eclecticismo, para algunos exento del tradicional rigor académico, se hace necesario si se desean inculcar nuevos hábitos de lecto-escritura. Éstos procesos, denominados por Jorge Osvaldo Sánchez como desaprendizajes necesarios para superar los principales factores problemáticos de la educación, abordan varios niveles, dos de los cuales menciono a renglón seguido:

“Relación docente-estudiante en la que se asume al estudiante como objeto y no como sujeto”; “La no referencia en el abordaje de las disciplinas a los contextos y a las necesidades humanas”⁹.

Desde la óptica de Sánchez, plasmada en el mismo texto, quiero también hacer difusión de lo que

él llama uno de los principios conceptuales para resignificar la educación:



⁹ SANCHEZ BUITRAGO, Jorge Osvaldo. “La educación como vía para el desarrollo personal y social: un camino para potenciar la investigación y el pensamiento científico”. Documento fotocopiado.

“La verdadera educación no sólo consiste en enseñar a pensar, sino también en aprender sobre lo que se piensa”.

Tanto los desaprendizajes como el principio antes transcrito hacen referencia a la necesidad de asumir la enseñanza con nuevas visiones, las mismas que son imperiosas y factibles de ser utilizadas al momento de plantear una didáctica del escribir.

Los rígidos formatos antiguos, apropiados en su momento, están llamados a ser repensados si se quiere seducir a los nuevos públicos de lecto-escribientes en potencia. El entorno inmediato, incluido el docente, se debe convertir en ejemplo a seguir si se quiere entrar en una lógica de ‘enseñabilidad’. Los éxitos y fracasos del personal que orienta los procesos de aprendizaje son el mejor aliciente para inmiscuir en esas dinámicas a jóvenes que cada día disminuyen su rango de edad al ingresar al centro universitario.

La lúdica, por tanto, juega un papel preponderante en el goce de este nuevo placer de aprender a escribir. Los espacios, los temas, las dinámicas y, en

“Hay que terminar con esa superstición de los textos y de la poesía escrita. La poesía escrita vale una vez, y después, que la destruyan”, decía el irreverente Artaud¹⁰.

El afán de destruir lo escrito, clarificado desde la frase introductoria a este texto, se convierte en el símil del cani-

general, todo lo atinente a lo pedagógico, deben centrarse en lo motivacional.

A modo de conclusiones

Ubicar en un aparte final el material conclusivo obedece a una costumbre impuesta desde la academia, mas en realidad muchas de ellas están ubicadas de manera transversal en el desarrollo de este mismo texto.

Escribir es un acto supremo de libertad que puede llevar al creador a la tortuosa prisión del objeto creado. La necesidad de perfeccionar, de pulir, complementar, depurar, se convierten en un todo obsesivo que termina por último en la insatisfacción.

Pero en ese proceso, en el que como se dice “dejamos parte de nuestro pellejo”, se ascienden escalones en un proceso personal de logro de metas, incluidas en ellas el fracaso o la desilusión, al fin de cuentas metas también.

balismo humano con su propia memoria. Es el hombre mismo quien, por fines ideológicos -como Goebbels- o



10 ARTAUD, Antonin. “Theatre et son double”. Obras completas. Tomo IV. Citado por Claude Mauriac, op. cit.

estéticos -en el caso de Artaud-, quiere borrar *lo pasado*, aquel objeto de repudio u oprobio, pero a la larga convertido en esencia de su ser.

Ese huir de lo eterno -si asumimos que lo escrito es imperecedero en la memoria- juega de manera antagónica con mitos milenarios como el elixir de la eterna juventud.

Cuando escriben, los humanos buscan trascender, ganar la atemporalidad, doblar las relaciones de tiempo y espacio; acercarse a la infinitud, la misma que aparece de manera constante en muchos de los escritos del inolvidable Jorge Luis Borges (como en 'Funes el memorioso', 'El sur' y 'La muralla y los libros').

¿Se aprende a escribir? o, como tantas otras cosas de lo humano, ¿es algo consustancial con el ser mismo?

Aunque este interrogante no es el principio fundamental de este escrito, sí tiene una relación estrecha en el sentido de la enseñanza y las posibilidades de tener un resultado efectivo al momento de propalar conocimiento enfocado a una formación adecuada en lo lecto-escritural.

Las preguntas no están resueltas, pero sí una especie de acuerdo acerca de las posibilidades de divulgar e interiorizar un conocimiento funda-

mental en varias áreas del saber, por no decir que en todas.

Las habilidades iniciales de un aprendiz de escritor o, de forma simple, de un escritor, son capital invaluable para afianzar nuevas y más profundas apropiaciones en el área. Esta afirmación no es aliciente para sugerir que sean nulas las posibilidades de alguien con escasa experticia en el campo de lo escritural. La redacción es susceptible de ser enseñada y aprendida, pero a partir de unos supuestos mínimos que involucran al alumno, al profesor y a los métodos empleados.

Es necesaria una enseñanza reflejo de la realidad, rica en propuestas que motiven de manera directa al educando. Hay necesidad, en una primera instancia, de propiciar que el alumno escriba sobre los temas conocidos o, de otra forma, sobre tópicos que se den a conocer en el desarrollo de la clase.

En la práctica se ha visto que lo propio experiencial se traduce, por regla general, en textos exploratorios de cierto valor. Las salidas para trabajo de campo, reconocedoras del entorno en que se encuentra ubicado el ámbito académico, no sólo sirven para que el alumno se apropie de sus realidades, también facilitan que quiera expresarlas a través de unos escri-



tos. La rutina constante de producir textos es indispensable para poder realizar un proceso de seguimiento de las fortalezas y debilidades individuales. Es axiomático, por el momento, aquello de que “solo se aprende a escribir escribiendo”. En el más optimista de los escenarios la lectura juega un rol complementario, pero no es susceptible de ser utilizada como único elemento formador.

La combinación de escribir/leer propicia el conocimiento y dominio de técnicas que, tras ser confrontadas con las realidades inmediatas, pueden incentivar al alumno para producir textos más elaborados. Cuando hablo de realidad no eximo la posibilidad de la creación desde lo ficcional, pues mal que bien, hasta lo más increíble tiene afincadas raíces en el mundo que se vive, en lo sensorial, traducido en nuevas experiencias interpretativas.

* * *

Se nota la necesidad de desmitificar a la lectura y a la escritura de todo el misterio, con matices de “círculo secreto”, que se le ha otorgado a estos ejercicios básicos del hombre.

Leer y escribir son aprendizajes mínimos y, sus posibilidades, infinitas en manos de cualquiera que sepa aprovecharlos. Este halo de actos solo posibles para unos cuantos superdotados debe ser revaluado. En

este punto es dicente el hecho de que muchos de los más grandes escritores de la humanidad, desde tiempos remotos hasta la postmodernidad especializada de hoy, nunca fueron profesionales en algún campo del saber, salvo el esencial mismo de reconocer en el alma humana el espejo de profundos y complejos secretos para luego plasmarlos en un escrito.

Escribir no es una diletancia, en el sentido estricto de la palabra, es una ocupación tan profesional como otra cualquiera, a la que se llega desde polifacéticos senderos del conocimiento. Se puede enseñar como el fin único de una vida - la de aquellos que sientan el llamado interior por usar esta primaria expresión humana-, o como un esencial saber cada día más valorado en una sociedad urgida de la comunicación y que hace de este ejercicio un campo de acción protagónico en el panorama informático del futuro.

* * *

Las nuevas tecnologías son el campo propicio para el ejercicio de escribir. Ellas, de manera paradójica, son las llamadas a facilitar que este saber arcano sea reinterpretado y revaluado.

La internet y, en general los nuevos conocimientos, echan mano de esa posibilidad comunicacional para hacer posible el uso de tan poco conocidas tecnologías. Escribir es cada



día una opción más rica. El acto de plasmar en un texto inquietudes personales se convierte en eje modélico. De la tradicional hoja de papel, con tantos detractores en lo ecológico, se pasa ahora al espacio virtual, a la divulgación electrónica del conocimiento, del acto comunicativo mínimo del hombre.

Mucho ha pasado desde que aquél hombre prehistórico tejía sencillos relatos en las paredes de una cueva hasta la posibilidad actual de transmitir desde cualquier remoto lugar del mundo, a través del satélite, información escrita en cualquiera de sus

presentaciones: correo electrónico, fax, o audiotexto.

Escribir se ha convertido, más que nunca, en un acto fundacional, un acto de reafirmación frente al hábitat y sus congéneres y, como tal, es iluso por ahora pensar que dejará de serlo. Antes bien, la humanidad entera, en su búsqueda de nuevos puentes que permitan, desde la individualidad, pensar en un todo, se ha apropiado de antiguos saberes para conocer y reconocerse, de nuevo, a expensas de tecnologías sofisticadas que vuelven al principio con el objetivo de poder ser.

BIBLIOGRAFÍA

CONTURSI, María Eugenia; FERRO, Fabiola. La narración: usos y teorías. Bogotá: Grupo Editorial Norma. 2000.

JOHNSON, Christopher. Derrida. Bogotá: Grupo Editorial Norma. 2000.

MANGUEL, Alberto. Una historia de la lectura. Bogotá: Grupo Editorial Norma. 1999.

MAURIAC, Claude. "La aliteratura contemporánea". Madrid: Ediciones Guadarrama. 1972.

PAEZ, Ciro Alonso. Leer y escribir: entre el método y el arte. Bogotá: Universidad Autónoma de Colombia. 2001

SÁNCHEZ BUITRAGO, Jorge Oswaldo. La educación como vía para el desarrollo personal y social: un camino para potenciar la investigación y el pensamiento científico. Documento fotocopiado. 2002.

